

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

<p>FRECIOS DE SUSCRICION</p> <p>Barcelona: un trimestre adelantado. 4 plas.</p> <p>Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 plas.</p> <p>Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 plas.</p>	<p>LA REDACCION Y ADMINISTRACION:</p> <p>Triunfo, 4.—bajos.</p> <p>Se publica los Jueves</p>	<p>PUNTOS DE SUSCRICION.</p> <p>En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º</p> <p>Madrid: Barquillo, 5. pral, int</p> <p>-Alicante: S. Francisco, 28, dupº</p> <p>-Barcelona: Trafalgar, 55.—bajos.</p>
--	--	---

SUMARIO.

¡A la orilla del mar!—Lo que el alma siente.—A los ultramontanos.—Pensamientos—Advertencia importante.—Anuncio

¡A LA ORILLA DEL MAR!

Si hay algun paraje en la tierra que nos inspire religiosa admiracion, indudablemente es la orilla del mar: sentados en las rocas viendo las olas coronadas de espuma, formando sobre la arena líneas curvas, nos entregamos por completo á la mas profunda meditacion, pensamos en esa inteligencia suprema que todo lo ha previsto, que todo lo ha ordenado y armonizado formando un conjunto tan grandioso, tan perfecto, que es superior á todas las obras humanas.

El hombre pensador, á la orilla del mar se encuentra tan pequeño, que todos los orgullos terrenales mueren ante aquella gran masa líquida y movable cuyo incesante movimiento parece que nos quiere indicar que el espíritu inactivo se separa del cumplimiento de la Ley.

Pocas veces en nuestra vida hemos sido tan felices como en la tarde del 25 de Abril último; teníamos la certidumbre que el Padre German nos inspiraria, que escucharíamos una de sus evangélicas comunicaciones; y con tan dulce esperanza nuestra alma sonreía. Acompañados de una jóven de 15 ó 16 primaveras, y de una niña de cuatro inviernos, fuimos á pasear á la orilla del mar. Nuestras simpáticas compañeras, las dos se llaman Rosa, y entre dos *rosas* contemplamos lo mas hermoso que encierra la Creacion: el mar!; que es lo que nos dá una idea mas aproximada del infinito. Sentados en la arena, sonreíamos y dábamos gracias á la Providencia que nos concedia disfrutar de aquel espectáculo verdaderamente maravilloso.

¡Qué pequeños parecen los niños á la orilla del mar! ¡que niñas parecen las jóvenes! todo adquiere formas microscópicas ante el inmenso espejo de Dios!

¡Cómo se aleja el pensamiento de las miserias humanas! ¡cuánto se piensa en la eternidad!; pero sin temor, sin zozobra, sin angustia de ninguna especie. ¡Se vé tan de cerca la grandeza del Eterno! que el sér mas incrédulo y mas escéptico, tiene que sentirse dominado por ese algo misterioso que nos inspira una dulcísima esperanza.

Se siente en esos momentos un bienestar inexplicable, ¡indefinible! ¡Es tan pobre el lenguaje humano para expresar las grandes emociones que espiritualizan al hombre, que indudablemente los ojos, mas felices que los labios, son los que mejor demuestran las sensaciones del espíritu!

¡Hora venturosa! nuestro cuerpo débil y enfermizo se sentia fuerte. Anduvimos largo rato sin experimentar la menor fatiga, nos parecia que habíamos dejado nuestra envoltura y que libres y dichosos sonreíamos en el espacio. Por un momento recordamos con pena nuestro pasado, pero huimos velozmente de las raminiscencias y nos entregamos por completo al presente y al porvenir.

La noche tendió su velo sobre una parte de la tierra, y abandonamos la orilla del mar para sentarnos dentro de un aposento desde el cual oíamos el eterno monólogo de las olas, que siempre, siempre dicen algo.

¿Cuentan las glorias del pasado? ¿relatan los sucesos del presente? ¿profetizan la

historia del porvenir? ¡Quién sabe! Las olas hablan, esto es indudable. ¿Serán el eco de los gemidos que lanzan los náufragos desde el fondo de su inmensa tumba? ¿Repetirán los ayes de las madres desoladas, de las esposas afligidas? ¿Imitarán las voces de los pequeñitos cuando llaman á sus padres? Nadie ha podido saber aún lo que dicen las olas; pero lo repetimos, ellas hablan; ¿que nos cuentan? Quizá nos dicen que son las lágrimas de todas las generaciones que en la tierra han sufrido y han amado.

El mar siguió pronounciando su eterna plegaria, y el Padre German dominando á su médium habló así:

Estamos en el lugar mas á propósito para que escuches lo que te voy á referir, hay narraciones que solo se pueden hacer en lugares determinados, y la comunicacion que te daré esta noche es una de ellas.

Escucha: el mar te cuenta la historia de las generaciones que pasaron; y yo te voy á contar un suceso que decidiò de mi porvenir.

En uno de los capítulos de mis memorias, hay consignado el nacimiento de un niño, cuya madre murió al darle á luz en una pobre choza, algo te he hablado de la juventud de Andrés y de su cambio de posicion; pero no te he dicho que durante el tiempo de su lactancia, por causa de mi vida nómada y aventurera en el período de mi juventud, tuve precision cuando Andrés aun no contaba un año de separarle de su nodriza para colocarle en otro lugar mas cerca de mí; pues todo me hacia creer (como sucedió) que mi peregrinacion me llevaria muy léjos del paraje donde nació el desgraciado niño.

Una vez que le tuve en mi poder me dirigí á un pueblo de pescadores, donde esperaba encontrar una madre adoptiva para Andrés hasta que tuviera edad suficiente para no necesitar los cuidados prolijos de la mujer.

Era una hermosa tarde de primavera, el mar estaba en calma, y mi alma tambien, dominado por una emocion dulcísima, aproveché el apacible sueño de Andrés para dejarle algunos momentos en la arena.

El niño no se despertó, las olas venian dulcemente á dejar á sus piés su ofrenda de espuma dejando sus liquidas perlas en los pliegues de su ropon. Yo me senté cerca de Andrés, y al verle tan pequeño sin mas amparo que el de un sacerdote errante sin hogar ni pátria, desapareció la calma de mi espíritu, tristes presentimientos se apoderaron de mi mente, y murmuré con amargo acento: ¡Pobre huérfano! navecilla sin timon ni brújula, que vienes á cruzar el embravecido piélago de la vida, ¿que será de tí...? ¡tu madre fué una mendiga! ¡tu padre no sé quién fué!..... arbustos sin raices, te he querido ingertar en un árbol seco, que á eso me asemejo yo en este mundo: ¡cuan triste es tu porvenir! y cuan presto se acabarían nuestras penas, si una de esas olas impelida por el huracan nos arrastrara á ese hondo abismo, ¡inmensa tumba! ó mejor dicho, inmenso laboratorio donde la vida debe manifestarse de un modo desconocido para nosotros.

¡Cuán bueno será morir! es decir, desaparecer; la vida de la tierra es para los fuertes, para los débiles sómos plantas parásitas que tenemos que enlazarnos á los árboles gigantes; mas ¡ay! no siempre se encuentran troncos centenarios donde asirse. ¡Pobre niño! ¡cuan tranquilo es tu sueño! ¿por qué no es el último?... Al pronunciar aquella blasfemia horrible no sé que pasó por mí, perdí de vista las rocas y la playa y me encontré en medio del mar; de pronto, las olas, impetuosas como las pasiones juveniles se levantaron y comenzaron á combatir unas con otras, trasformándose las liquidas y espumosas montañas en figuras humanas, que aumentaron tan prodigiosamente, que parecia que todas las generaciones de la Creacion se habian dado cita en torno de mí. Habia hombres de todas las razas y de todas las jerarquias: Pontífices, Emperadores, príncipes del Estado y de la iglesia, revestidos con sus mantos de púrpura orlados de armiño, apoyándose los unos en báculos de oro, sosteniendo los otros el cetro que atestiguaba su poder, seguidos de multitudes harapientes y de ejércitos formidables, que un momento dado se confundian y se trocaban los papeles, por que los pueblos oprimidos se apoderaban de las armas de sus opresores, y en terrible combate hacian sucumbir á sus tiranos. Vi los areópagos de los sabios, escuché las discusiones de los filósofos, asistí á la agonía del mundo antiguo que sucumbia en medio de su grandeza herido por el exceso de su poder; y cuando creí llegado el momento terrible que apareciera el ángel exterminador para extender sus alas mortíferas sobre las muchedumbres que agonizaban envenenadas por la cicuta de sus horrendos vicios, cuando me pareció escuchar el sonido de la terrible trompeta llamando á juicio á la raza humana, no sé si descendió de la altura, ó surgió del abismo, ó vino del oriente ó de occidente una ráfaga luminosa que se fué condensando rápidamente y formó una figura hermosísima, de belleza tan admirable que no hay en vuestra tierra nada que se le asemeje: su frente era blanca como la nitida azucena, en sus grandes ojos habia el reflejo de los cielos, su abundante y rizada cabellera parecia una cascada de oro que arrojaba sobre su cabeza torrentes de dorados resplandores, iba envuelta en una túnica mas blanca que la nieve, que brillaba como la luz de la aurora, en su diestra llevaba un ramo de olivo, se detuvo, y paseó su melancólica mirada por el ancho haz de la tierra, las multitudes al verle gritaron: ¡Hosanna! y le reconocieron presintiendo que habia llegado el salvador del mundo.

Los tiranos convertidos en dioses temblaron en su sòlio, y vieron con espanto desprenderse las piedras de sus altares. ¡El choque fué terrible! la conmocion general, todos los poderes hicieron el último esfuerzo, los siervos se sintieron mas oprimidos en sus ergástulas,

¡llegó el momento decisivo! la civilización de aquellos tiempos había concluido de hacer su trabajo, y el nuevo Mesías, el profeta del progreso se presentó en este planeta diciendo: —¡Humanidad! sígueme! ¡Yo soy la luz y la vida! yo te llevaré á la casa de mi padre que está en los cielos! Yo soy Jesús el Nazareno, el hijo de la casa de David que traigo la paz al mundo!

Y vi á Jesús, sí; le vi; él era la bellísima figura que se presentó ante mis ojos radiante y magestuosa, que hablaba á las multitudes llevando la luz á las conciencias. Delante de él arreciaba la tempestad; pero tras de él quedaban las olas en calma que servían de espejo al rutilante Sol. Jesús fué avanzando y llegó cerca de mí, su dulcísima mirada me inundó de luz y me dijo con voz armoniosa y melancólica:—¿Qué haces aquí desterrado?... al comenzar tu jornada ¿ya te faltan las fuerzas para seguir el camino? ¿Dices que eres un árbol seco? ¡Ingrato! no hay planta improductiva, porque en todas germina la fecundante sávia de Dios! eleva tu vista al cielo y ¡sígueme! sé apóstol de la única religión que debe imperar en el mundo: la Caridad que es amor! ¡Ama y serás fuerte! ¡Ama y serás grande! ¡Ama y serás justo! Y pasó Jesús extendiendo su diestra sobre mi cabeza.

Sentí el calor de la vida en todo mi sér, y desperté, aunque no es esta la frase gráfica por que yo estaba despierto. Sentí el golpe de las olas que durante mi éxtasis se habían embravecido chocando violentamente contra las rocas. Oí gemidos, y recordé al pobre niño que había dejado en la arena me volví hacia él, le cogí anhelante, y traté de huir del peligro, porque una súbita tempestad amenazaba con la muerte á todos los que se expusieran á sus iras.

Anduve un largo trecho y se presentó á mis ojos un cuadro verdaderamente conmovedor, desgarrador mejor dicho. Mujeres, niños y ancianos extendían sobre el mar sus brazos pidiéndole al océano que calmara sus furiosos.

Los ancianos decían:—¡No te lloves nuestros hijos! que moriremos de hambre! Las mujeres sollozaban, los niños llamaban á sus padres y todo era desolación y espanto.»

Una jóven en particular me llamó vivamente la atención, porque muda y sombría, sin proferir una queja, miraba al cielo, y al ver que el huracán no cesaba, movía la cabeza, lanzaba una mirada compasiva á sus compañeros y decía con su trágico ademán:—No hay esperanza! Yo me acerqué y la dije:—¡Mujer, no desconfíes! los que deban salvarse se salvarán.

—Ay, Padre, os engañais, replicó la jóven, muchos padres de familia sucumbirán hoy que no debían morir porque son la Providencia de los suyos, muere también el hombre mas bueno de esta comarca, que se ha lanzado al mar por salvar á su anciano padre. Si muere Adrian, Dios no es justo porque nos arrebatará el hombre mas noble de la tierra. ¡Adrian! ¡Adrian!... y la jóven hizo ademán de lanzarse á las olas, pero yo la detuve y poseído de una fé inmensa la dije:—¡Mujer! no llores, llama á Jesús como lo llamo yo! Y le llamé con esa voz del alma que encuentra eco en los espacios.

Extendí mi diestra convencidísimo (no sé por qué,) que Jesús me escucharía y que estaría conmigo para pacificar los mares. Y Jesús vino, yo le vi nuevamente con su sonrisa melancólica, con su mirada amorosísima, con su ramo de olivo que agitaba sobre las olas pacificándose estas como por encanto; le vi, sí; le vi, salvando á los naufragos, y yo dominado por su magnética mirada, mirada divina que solo Jesús posee, me sentí poseído de una fé tan profunda que con los brazos extendidos hácia el mar decía:—¡Jesús! salva á los buenos que son tu imágen en la tierra! salva á los malos para que tengan tiempo de arrepentirse y entrar en tu reino!... Y la nube pasó... y todos los pescadores volvieron á la orilla á recibir las caricias de sus deudos.

Como la conclusión de la tormenta coincidió con mi llegada, muchas voces dijeron:—¡Ese hombre es un santo! que hasta las olas le obedecen... La ignorancia en todos los tiempos ha sido lo mismo, nunca ha comprendido el por qué de las cosas.

Yo nada había hecho, todo había sido obra del elevado espíritu al que muchos terrenales llaman Dios y hasta cierto punto tienen motivos fundados para creerlo así; porque en comparación de ellos es un Dios; pero ante la Causa Suprema es un espíritu purificado por el progreso y está mas lejos de Dios que los hombres de Jesús.»

¡Cuánto se alegra mi alma al recordar que vi á Jesús! bien claro le vi, y para convencerme que no había soñado, cuando Adrian volvió á tierra sosteniendo á su padre y le hubo dejado en lugar seguro se acercó á mí y me dijo:—Padre, ¿qué milagro habeis venido á realizar aquí? no estais solo, vá con vos un hombre hermosísimo, que os mira con cariño y aplaca el furor de las olas extendiendo sobre ellas su manto luminoso mas blanco que la espuma, ¿quién sois?

—Un proscrito, un desterrado que consagra su vida á Jesús.

—Es cierto, Jesús me lo ha dicho, cuando yo creía morir escuché su voz que me decía:—¡Hombre de poca fé! no desconfíes que hay buenos trabajadores en la tierra, y me acerco á tí, y entonces te vi bajo el manto del Salvador del mundo. ¡Bendito sea Jesús! Y Adrian cayó de hinojos y yo junto á él. Su prometida vino á unir su plegaria á la nuestra, y al contemplar aquellos dos jóvenes que se miraban extasiados sentí en mi corazón un dolor agudísimo, su felicidad, sin saber por qué me hacia daño.

Permanecí algunos días en aquel paraje. Adrian me tomó un gran cariño, y su amada también. La noche de mi despedida fuimos los tres á la orilla del mar, los dos jóvenes se sentaron uno cerca del otro, yo me alejé algunos pasos y tuve una visión muy significativa. Vi á una jóven bellísima, vestida de blanco envuelta en un largo velo descansando en sus sienes una corona de jazmines; la niña se sonreía tristemente y me señalaba una tumba que había en segundo término; comprendí el significado que aquel cuadro tenía, y

murmuré con resignacion:—¡Gracias, Jesús mio! la felicidad de la tierra ha muerto para mí; pero me queda tu reino que conquistaré con mi heroismo y mi resignacion.

Y desde aquel dia me consagré á Jesús, traté de imitar sus virtudes, y aunque no pude asemejarme á él conseguí hacer mas progreso en aquella encarnacion que en cien existencias anteriores que solo me dediqué á querer ser sábio, pero que no supe unir á mi sabiduría el sentimiento del amor.

No puede ser buen sacerdote aquel que no ha visto á Jesús; comprende bien lo que quiero decirte; ver á Jesús no es precisamente verle en forma tangible como le vi yo, puede sentir el espíritu su influencia, mejor dicho, puede atraer su inspiracion divina, todo aquel que quiera amar y consagrarse en cuerpo y en alma al bien de sus semejantes. Todo el que ama á su prójimo vé á Jesús porque se identifica con él.

En la religion del amor universal todos los séres amantes del progreso pueden ser sus grandes sacerdotes; no son sacerdotes únicamente los que usan distintas vestiduras y llevan tonsurada la parte superior de la cabeza. Sacerdote es aquel que llora con el niño huérfano, que acompaña en su duelo á la desolada viuda, que toma parte en la desesperacion de la madre que llora junto á una cuna vacía, que lamenta con el encarcelado su falta de libertad, que estudia en fin todos los medios para mejorar la suerte de los menesterosos.

Sacerdote es aquel que por sus culpas anteriores tiene que venir á la tierra para vivir completamente solo sin tomar parte en los goces terrenales, pero que dotado de un claro entendimiento se consagra á difundir la luz viviendo él entre sombras, no entre las brumas del error ni las tinieblas del pecado, entiéndeme bien, vive entre sombras porque su alma está sola. Cuando veas uno de estos séres tristes y resignados que sonríen con dulce melancolia, que no tienen hijos, pero que sin embargo son muchos los que le llaman padre ó madre porque le deben grandes consuelos y sábios consejos, aunque aquel espíritu lleve una humilde envoltura y se envuelva en harapos, es uno de los grandes sacerdotes que viene á iniciar á los hombres en el cumplimiento de la ley de Dios.

El hombre se engrandece cuando ama, cuando se siente inflamado del puro amor que sintió Jesús; nada son las ceremonias de la tierra para elevar al espíritu, por mí lo sé. Cuando celebré la primera misa, me vi rodeado de todas las malas pasiones que se agitan en el mundo; leí el odio en las miradas de los príncipes de la iglesia, y me estremecí de espanto al ver el abismo donde mi orfandad me habia hecho caer; y cuando en la orilla del mar ví á Jesús, su semblante hermosísimo, su melancólica sonrisa, su mirada magnética, su voz dulcísima encontró eco en mi corazon; encontré en él la personificacion de todo cuanto soñaba. Comprendí la grandeza de la mision de Jesús, ví su influencia moralizadora derribando los imperios del terror y proclamando la fraternidad universal y me uní á su causa porque es la causa de Dios. Me sentí dominado por una voluntad poderosísima, ví la tumba de mi felicidad terrena y la cuna de mi progreso indefinido; y desde entonces amé el sacerdocio, me consagré á Jesús espíritu protector de la tierra, ángel tutelar de ese planeta, gran sacerdote de la verdadera religion.

Yo recibí el bautismo de la vida en la orilla del mar, único sitio donde el hombre debe doblar la rodilla para adorar á Dios, porque es el paraje donde el Creador se presenta con toda su imponente magestad.

Cuando te abrumen las decepciones de la vida, cuando la duda torture tu mente, vete á la orilla del mar, y si aún queda en tu espíritu un átomo de sentimiento, si aún se conmueven las fibras de tu sér ante un espectáculo maravilloso, siéntate en la arena, contempla las olas con su manto de nivea espuma, escucha atenta y entenderás lo que las olas dicen en su eterno murmullo, y verás como insensiblemente se va elevando tu pensamiento buscando afanoso la causa de tan grandioso efecto.

En los templos de piedra sentirás frío en el alma; y en la orilla del mar, el calor de la vida infinita reanimará tu sér.—Adios.

Efectivamente; nuestro débil organismo adquiere fuerza cuando las húmedas brisas marinas acarician y refrescan nuestra frente; en esos momentos olvidamos por completo nuestro pasado, no nos fijamos en el presente y únicamente pensamos en el porvenir; pero no en el porvenir de la tierra con sus miserias y sus luchas, nó; vemos la vida despojada de sus vicisitudes, nos parece que nuestro espíritu vivirá en los grandes mundos que encierra la Creacion, sentimos lo que no podemos explicar, que la inteligencia humana es impotente para apreciar y definir lo que siente el espíritu en la contemplacion de la naturaleza, templo eterno que siempre estará lleno de fieles, porque siempre habrá espíritus sedientos de justicia y hambrientos de amor que se asfixiarán dentro de las iglesias de piedra, y necesitarán templo mas anchuroso donde elevar su pensamiento á Dios.

Todos los monumentos humanos caerán bajo el peso de los siglos, todos los dogmas perderán su prestigio á medida que las civilizaciones vayan descifrando los misterios que guardaban los santuarios; solo una religion y un templo vivirán eternamente: la religion de la caridad y el templo de la naturaleza. En esa grandiosa basílica el Sol, lámpara de llama inextinguible arderá de continuo iluminando las inmensas bóvedas del espacio; y cuando este Sol llegue á apagarse, millones y millo-

nes de soles derramarán torrentes de luz sobre los mares, vigorizando la espléndida vegetación que embellecerá los continentes.

Pasarán las generaciones, renacerán los pueblos al calor de fecundas civilizaciones, y en todas las edades las almas pensadoras irán á la orilla del mar á elevar su plegaria al Sér omnipotente que cubre los valles con mantos de flores, que esmalta los cielos con brillantes estrellas, que dá voz y elocuencia á las olas para que estas repitan incesantemente al oído de la humanidad: Trabaja en tu progreso que vivirás eternamente.

Esto entendimos que decían las olas la última tarde que fuimos á admirar la naturaleza en uno de sus cuadros mas sorprendentes en la orilla del mar, donde el alma ora con religiosa admiración.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

LO QUE EL ALMA SIENTE.

¿Qué siente el alma? ni ella misma á decirlo acertar podría, tales son las mil y mil impresiones que experimenta constantemente, ora triste ya alegre.

El alma se anima, por decirlo así, al contemplar la estela luminosa del progreso; al contemplar las ciudades, los edificios, las maravillas en fin, en donde unida y armonizada la obra de la naturaleza con la del hombre, forman un conjunto inimitable en donde rivalizan la industria y el génio, llegando unidos despues á ser coronados por una misma mano y por una misma corona.

La corona del progreso puesta en las sienes de la humanidad por la mano de Dios.

El alma gira vertiginosa, marchando sin cesar adelante, animada por el ruido de las máquinas, por el eco de los descubrimientos científicos que sin cesar traen á nuestro mundo espíritus ávidos de progreso; por el silbido de la locomotora; por la voz del orador que lo mismo se levanta en la cátedra que bajo la bóveda celeste; lo mismo entre los potentados proclamando los derechos de la humanidad, que ante é la enseñándola á cumplir sus deberes.

El alma se extasía al contemplar esos grupos de seres congregados en familia por la union que guardan entre si, de entre los cuales se levanta una madre que al llamar á su hijo, al sér que llevó en sus entrañas no dice con egoismo: hijo mio, fijando sólo en él sus ojos, sino que abarcando con los ojos del alma todos los ámbitos de la tierra, vé en cada sér un hijo al cual prodiga sus maternales cuidados, envolviéndole en la dulzura de su amor.

De entre los cuales se levanta un padre que imitando á la compañera de su vida cumple estrictamente sus deberes, dando con el ejemplo la lección más útil que puede recibir el organismo humano, en donde en fin, unidos no sólo la materia, si que tambien los espíritus viven en ese amigable consorcio que lleva la paz á los corazones y que esparciendo en todos los ámbitos del hogar doméstico el calor del amor del alma, no deja sentir en el corazón ese frio que hiela hasta lo íntimo de la misma alma, ese frio que padecen tantos y tantos seres en la tierra y que de la existencia más dulce hace la vida más horrible; porque vivir sin ilusiones, sin esperanzas, sin tener siquiera en quien depositar nuestras penas rodeados de infinidad de seres y sin embargo creerse estar solo, es el infierno más horrible que puede imaginar un cerebro calenturiento.

Hay tantas y tantas escenas con que el alma goza, con las cuales siente impresiones dulces que le hacen creer menos árido el terreno que pisa, pero existen tambien multitud de almas que pasan y pasan sobre la tierra, que viven y vuelven á vivir, y que sin embargo sus ojos jamás se fijan en esos amenos goces que aligeran la carga de la materia.

¡Las infelices! de la vida sólo prueban lo amargo, viviendo como es natural en una agonía lenta y haciendo sentir á los que moran á su lado los efectos de su mal; y sabido es que no solo la agonía es la que precede á la muerte material, sino que la agonía moral es más terrible, porque se vén morir todas las ilusiones del alma, quedándose aquella sola, con esa soledad íntima que tantas víctimas cuenta y que tanto trabajo dá para arrancarla del corazón.

El alma sufre al contemplar esas guerras fratricidas, morales y materiales, guerras en las cuales se pierden un sin número de seres que han debido ser útiles á la humanidad, sin que su sangre lave las manchas que cubren el suelo terrestre.

El alma se asfixia en esa vida monótona en donde solo existe el culto contemplativo; en donde no se oye el eco de la religion al extenderse por la tierra, porque segun ha dicho uno de nuestros renombrados escritores: «allí donde no se oye el silbido de la locomotora y el movimiento de la industria, no hay religion» porque la religion es el cumplimiento de una ley sublime dictada por Dios al universo; la ley del trabajo y por medio de la cual llegamos á adquirir goces más puros nacidos en el corazon y alimentados por la tranquilidad de la conciencia.

El alma sufre al ver esas masas inertes si así pueden llamarse esos hombres estatuas que pasan toda su vida sin pensar en el mañana, cruzados de brazos, sin atender á nada ni á nadie, importándoles poco su porvenir moral y material, y los cuales llegan al fin de una existencia sin saber por qué han vivido y sin pensar lo que les aguarda despues del sepulcro.

El alma siente frio, pero un frio horrible que penetra hasta lo más recóndito de su ser, al contemplar á la mitad de la humanidad (la mujer) esclava de la otra mitad, al observarla en medio de su esclavitud escarnecida, empujada á los abismos del error y del embrutecimiento, por esos negros fantasmas que, penetrando en el hogar, con el sigilo de la astuta serpiente, clavan, cual ella su aguijon emponzoñado en todos los corazones que hallan á su paso. ¡Oh! estos cuadros reproducidos tan amenudo sí perturban la mente, el corazon estalla, el alma se subleva ante tanta iniquidad y deseando derruir de una vez tantos vetustos edificios que tiemblan ya en suscimientos por la fuerza del progreso, por el empuje de los siglos, deseando tambien barrer de una vez esos escombros que se interponen al paso de la humanidad, sin tener en cuenta los que se empeñan en empujarlos, para obstruir nuestro paso, que la humanidad, es una masa inmensa que marcha empujada por la invisible fuerza del progreso siendo sostenida por el flúido santo que sostiene la Creacion, y atraida por los eflúvios del Sér Supremo que en su ley ha dispuesto que todo camine hácia adelante sin retroceder jamás.

¡Oh mujer! esclava desde época tan remota, víctima de todos los tiranos que han invadido la tierra, levántate, levántate sí, alza tu frente: mira y verás á lo léjos la luz de la civilizacion que ilumina tu camino, la esencia del amor que te guía hácia ese *foco lumisoso*, hácia el cual camina todo en el éther. ¿Qué haces, infeliz? ¿no te anuncia el movimiento que notas en las sociedades, que se prepara un acontecimiento grandioso en tu derredor? Pues este acontecimiento es el adios triste y pausado del oscurantismo, el ruido sordo, producido por la caída de los ídolos y superando á esos ruidos, el himno que entona el ángel del progreso cuyo eco suave resuena como un aviso en el corazon. ¿No sientes en el tuyo un estremecimiento de placer al resonar en él esa dulce armonia? pues ven, no te dilates un instante, que el tiempo es tu único tesoro, y si esperando á mañana te quedas relegada al olvido, léjos de asistir al concierto de la humanidad en los siglos venideros, te quedarás estacionado en el sitio donde te hallas; mientras que otros que ayer estaban á tu lado caminarán en alas del progreso, buscando la paz del alma en sitios más ó menos iluminados con la luz diáfana que emana del foco universal. Allí el alma no sentirá las tristes impresiones que aquí le dominan, allí serán mas puros y duraderos sus goces viviendo siempre envuelta en la suave atmósfera del amor, de la virtud y del saber. ¿Te quedarás muda á la voz de la humanidad, de los elementos todos que te gritan adelante? no lo creemos; por tanto vén, y en los preliminares de la nueva filosofia, de la religion cristiana, hallarás la antorcha que te guiará trás del progreso en busca de la dicha, á mundos de alba luz.

SIMPLICIA ARMSTRONG.



De *La Luz del Cristianismo* copiamos el RETO que dirige una escritora espiritista á la escuela ultramontana; hora es ya que las mujeres se asocien al renacimiento universal.

A LOS ULTRAMONTANOS.

Es práctica constante de los que desoyendo la pura voz del evangelio se llaman nues-

tros enemigos, hacer lo que el Enano de la Venta. «¡Que bajo! ¡Que bajo!» pero no bajaba.

En su empeño de imitar al del cuento, vociferan. escandalizan contra nosotros, cual los Doctores del Antiguo Testamento y los Fariseos se escandalizaban, de que el Justo no lavase sus manos para comer, teniendo ellos el cuerpo henchido de sucias inmundicias.

Estos, cual aquellos, atruenan todo el mundo con sus gritos y declamaciones, estos como aquellos, son todo exterioridad y falsedad; estos como aquellos, no creen lo que practican y pretenden enseñar y desde el momento que se les dice: bajad, bajad de ese lugar (el púlpito) que las leyes antiguas, aun en uso, han hecho invulnerable; venid á la plaza, á la cátedra del ateneo, al periódico, á medir vuestras fuerzas con las nuestras, desde ese momento cesan sus algaradas y no encontramos con quien discutir. Conocen en su fuero interno la base de movediza arena que sus dogmas tienen, conocen que en los últimos años del siglo actual sobrepuja la razon al misterio, las demostraciones científicas anonadan la fe ciega y la soberbia queda destruida.

Es cierto, por lo general, que los adalides del clero Católico ignoran los problemas elementales de las ciencias que ellos llaman profanas y que la teología es solo la base de su educacion: ¿pero puede hoy servir esa difusa y mal llamada ciencia para regir la educacion popular? No es preciso negar, pues la pregunta envuelve en si misma la negacion; ni el pueblo ni las clases superiores pueden sacar nada de la Teología; sus consecuencias son la fé ciega, la duda, el ateísmo.

Aunque agena á determinado orden de luchas, sería complacida si ese clero que insulta á la LUZ DEL CRISTIANISMO, se desprendiese de su roquete y púlpito y propusiera á su gusto un tema, bien de su doctrina, bien de la nuestra, que no conoce, para ser discutido; así imitaria al Apóstol de los Apóstoles; así recordaría á un Crisóstomo, así haría los prosélitos de un Javier, así se igualaría á tanto confesor como ilustra su iglesia. De otro modo diremos, que el miedo, la cobardia y sobre todo el conocimiento de su impotencia los enmudece y anonada.

No desdeñeis á la mujer espiritista, recordad que Teresa ilustró vuestra iglesia; la Doctora de «La Cerdá,» honró cátedras y universidades y muchas mas, dieron á las letras insigne valia.

El espíritu que anima á la mujer, admitiendo por un momento vuestra teoria, por Dios fué creado como el vuestro y es seguro, que no le diría vas á ser mujer ignorante y estúpida, sino que le diría: como espíritu inmortal, vas á ser perfectible y debes progresar; luego el espíritu del hombre y el de la mujer son idénticos en sustancia y en procedencia, luego ambos pueden y deben ilustrarse de igual manera.

Si bajo el criterio espiritista tratáramos esta cuestion deduciríamos, que el espíritu del hombre está quizá muchas veces por bajo del de la mujer, relativamente, en moralidad y percepciones.

La mujer espiritista jamás abandona su hogar, ni sus hijos, por besar un santo de vuestra idolatria; la mujer espiritista es moral, no pertenece á las hijas de María, es fiel á sus deberes, es siempre dechado de abnegacion y sentimiento, es la mujer de la BIBLIA la deseada por los Profetas, es en fin una palanca no despreciable del progreso. Por eso la mas humilde os reta, para probaros, si puede, que individualmente valemos tanto como vosotros y juntas, mil veces mas que vosotros: aceptad y no hagais el ridículo, que es la destructora piqueta de vuestra doctrina.

ADELAIDA P. DE SOLANO.

PENSAMIENTOS.

U.

—Quién fué Jesús? Un hombre que parece un Dios. Una idea que será un gigante. La personificacion humana en la última espresion de su virtud.

—La fé engendra el progreso. Ella vive sola, el no vive sin ella.

Montesquieu.

—La sátira es indigna de labios honrados.

Camus.

—La hoja del árbol es cual la existencia. Tiene como ella temor á su caída.

Balzac.

—Amor es un sueño de la vida, y la vida del sueño de la muerte.—Obtenidos por la señorita D. M.

No confiéis á la Iglesia la educacion de vuestros hijos, porque esta os los devolverá, en vez de hombres instruidos y morigerados, *fanáticos, supersticiosos, pedantes, y viciosos.*

—Los santos son los dioses de la iglesia romana, todo se pide y se espera de ellos, nada á Dios, creador de todo lo finito é infinito que existe en los miles y millones de mundos que ondulan en el espacio.

—El que es desgraciado tiene derecho á esperar que le ausilien y ser tratado con cariño.

—No hay nada tan difícil como corregir al que se ama.

—Un crimen no autoriza otro crimen.

—La razon tiene que ser la vanguardia de nuestras convicciones.

—Mas útil es á la humanidad un caballo que trabaja que un hombre perezoso.
—*Sebastian Roquet.*

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

En la Administracion de este periódico se ha hecho un gran depósito de las obras espiritistas que se expenden en la Administracion de *La Revista de estudios psicológicos*, Balmes, 6, pral., Barcelona, que ofrecemos á todos cuantos deseen adquirirlas con la prontitud que tiene acreditada esta casa.

En este establecimiento editorial se admiten tambien suscripciones para la citada *Revista* de cuya publicacion encontrarán nuestros lectores varias colecciones de años anteriores.

Obras de Ubaldo Romero Quiñones que se encuentran de venta en esta Administracion.

JUAN DE AVENDAÑO.—Un tomo de mas de 500 páginas en 8.º francés, 3 pesetas.

En esta novela, de tono caballeresco, plantea el autor varios problemas de fisiología cerebral y de magnetismo, y con su lema de *enseñar deleitando*, pinta, con el vigor y valentia de su estilo, las luchas de la materia y el espíritu, encarnadas en un fraile y su ama que son los caracteres salientes de la novela.

LA RELIGION DE LA CIENCIA. (Filosofia Nacional.)—Un tomo de mas de 500 páginas, obra científica espiritualista, 7 pesetas

TEORIA DE LA JUSTICIA —Un tomo en 8.º, 3 pesetas.

El índice dá la medida de su importancia, y contiene los capítulos siguientes, tratados con la profundidad y competencia del autor. Nociones generales.—Ideal de la Justicia.—Ideal de la vida humana.—Filosofia de la realidad.—Realizacion de este ideal.—Organo jurídico.—El matrimonio es el órgano jurídico.—La Justicia.—Ley moral de justicia.—Filosofia de la justicia.—Principios de justicia.—Justicia social.—Consideraciones sobre administracion de justicia.—Consideraciones sobre el Jurado.—Del Jurado y su organismo.—Jurados arbitrales en los conflictos de la *produccion y distribucion* de la riqueza.

LA EDUCACION MORAL DE LA MUJER.—Un tomo en 8.º, 2'50 pesetas.

Consideraciones sobre el matrimonio, los costumbres y los medios de instruir y emancipar de la ignorancia á la mujer, dignificándola por su mision y su vocacion.

EL PACTUM.—Un folleto en 8.º, 75 céntimos.

Este folleto es una crítica del pacto, tomada del natural por lo acontecido.

FILOSOFIA DE LA CARIDAD (estudio sociológico del maestro.)—Un tomo en 8.º mayor, buena impresion, 3 pesetas.

Esta obra que mantiene las doctrinas colectivistas en economía, la moral cristiana en religion, explica la forma de difundir la propiedad, realizar la herencia, y la manera de distribuir equitativamente la produccion para que sea una verdad la soberania social de Jesús, cuya biografía hace.

MISION DE LA MUJER.—Un folleto en 8.º, 1 peseta.

Este trabajo tiene por objeto levantar á la mujer por la instruccion, y el sacerdocio del matrimonio á la altura del hombre.